

MEDITACION CCXCVII.

ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

(Joan. xvii, 4-5).

Esta oracion, que Jesucristo hace en alta voz, y que ha querido enviarla hasta nosotros por el mas amado de sus Apóstoles, es toda para nuestra salvacion, para nuestra instruccion y para nuestra consolacion. Mientras que Jesucristo nuestro mediador alza los ojos al cielo, postrémonos y abismémonos nosotros en tierra. Escuchémoslo con el mas profundo respeto, y unámos nuestra oracion á la suya. En esta hallamos cinco cosas que meditar: 1.º cuál es el fin de la Encarnacion; 2.º quiénes son aquellos que Dios ha dado á su Hijo; 3.º en qué consiste la vida eterna; 4.º cuál es la gloria que Jesucristo ha procurado á su Padre; 5.º cuál es la gloria que Jesucristo pide para sí.

PUNTO I.

Cuál es el fin de la Encarnacion.

Este fin es la gloria de Dios, la gloria de Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, y la salvacion eterna de los hombres. Despues del discurso hecho á los Apóstoles, que ya hemos meditado, pasó Jesucristo todo de un golpe de aquella exhortacion llena de caridad á una oracion fervorosa y viva. «Levantados los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado el tiempo, glorifica á tu Hijo para que tu Hijo te glorifique: así como has dado á él la potestad sobre todos los hombres, para que él dé la vida eterna á todos aquellos que le has entregado...» La hora ha llegado. ¿Qué hora es esta? Vos no lo decís, ó Señor; pero ahora lo sabemos nosotros. Es aquella hora que Vos tan ardientemente habeis deseado, y que vuestros enemigos han querido tantas veces prevenir, aquella hora por la que habeis venido al mundo; en una palabra, es la hora de vuestras humillaciones y de vuestros opróbios, de vuestros suplicios y de vuestra muerte. Y cuando ha llegado la hora, Vos hablais solo de vuestra gloria, y de la potestad que teneis sobre todos los hombres, para salvar á aquellos que creerán en Vos, y que vuestro Padre os ha dado y os dará para ser vuestros fieles discípulos. ¡Ay de mí, Señor! yo os imito ciertamente muy mal. Luego que llega para mí la hora de padecer alguna cosa por vuestra gloria, y por la de vuestro Padre y por mi salvacion, en vez de atender á un fin tan glorioso, pienso solo en mis penas, mi imaginacion las engrandece, y este es el sujeto de mis discursos, y muchas veces tambien de mis quejas y lamentos. Será, ó Señor, oída y bien despachada vuestra súplica; Vos seréis glorifica-

do, y glorificaréis á vuestro Padre; vuestra carne divina no probará la corrupcion del sepulcro, vuestra santa humanidad sacará del seno del oprobio una nueva gloria, é irá á sentarse á la diestra del Omnipotente. El nombre de vuestro Padre será conocido y reverenciado de todas las naciones, y se os darán y estarán incorporados con Vos, y serán vuestros compañeros millones de Santos rescataados con vuestra sangre, para que Vos les deis la vida eterna. ¡Ah, si pudiese yo ser tambien de este número! Os lo pido, Señor, por los sagrados misterios de vuestra encarnacion, de vuestra muerte y de vuestra eterna gloria.

PUNTO II.

Quiénes son aquellos que Dios ha dado á su Hijo.

Examinemos bien estas expresiones del Salvador, que tan frecuentemente se nos renuevan. Dios nos ha dado su Hijo para salvarnos, y nos ha dado á su Hijo para que nos salve. Todo viene de Dios, la vocacion, la eleccion, la obediencia á la vocacion, y la perseverancia que completa y perfecciona la vocacion y la eleccion. Todo es, pues, de Dios, y Dios solo, con su Hijo nuestro Señor, debe ser glorificado en todo; pero no pensemos por esto que nosotros nada debemos hacer de nuestra parte, y que bajo el imperio de la gracia no nos quede libertad para el bien y para el mal. Toca á nosotros, con la gracia de Dios, obedecer á la vocacion, asegurar nuestra vocacion con las buenas obras, y merecer la salud con nuestra perseverancia hasta el fin. Muchos son los llamados por la misericordia de Dios, y pocos los escogidos, por culpa de muchos. Aquellos que han obedecido á la primera vocacion, aquellos que han recibido el Bautismo, han sido dados á Jesucristo por su Padre para su santificacion: no les queda que hacer otra cosa sino cumplir con el socorro de la gracia sus promesas, y perseverar hasta el fin; y estos serán del número de aquellos que Dios ha dado á su Hijo para la vida eterna. ¡Ah! llénennos estas verdades de reconocimiento y de amor para con Dios, y de humildad, temor y desconfianza de nosotros mismos. Animémonos, pues, velemos, y oremos. Dios nos ha dado ya á su Hijo por el Bautismo, correspondamos á esta singular gracia, y sostengamos tan bellos principios; trabajemos con ardor, y consideremos cuál será el fruto de nuestras penas y de nuestra perseverancia.

PUNTO III.

En qué consista la vida eterna.

«Esta, pues, es la vida eterna, que te conozcan á tí, solo verdadero Dios, y á Jesucristo á quien enviaste...» Este conocimiento se extenderá en el cielo hasta la vision intuitiva, principio y origen del amor y de la felicidad de los bienaventurados. ¡Oh vida eterna! ¿cuándo te poseeré? ¡Ah! espero que llegará finalmente aquel día dichoso, pero entre tanto tú serás el único objeto de mis deseos. Este conocimiento es sobre la tierra la vida eterna comenzada y el medio necesario para llegar á la vida consumada en el cielo. Este reconocimiento aquí en la tierra no es una pura especulacion, debe ser un conocimiento práctico. No basta creer lo que la fe nos enseña: que hay un solo verdadero Dios, que los dioses de los gentiles son dioses falsos, que este verdadero Dios subsiste en tres personas, que la segunda se ha hecho hombre, que es Nuestro Señor Jesucristo, que lo ha enviado el Padre para rescatarnos y para instruirnos; este conocimiento incluye tambien el de nuestras obligaciones respecto de Dios y de Jesucristo nuestro Salvador, y la obligacion en que estamos de obedecer á su ley, de imitar sus ejemplos, y de hacernos semejantes á él. Si nosotros no nos aplicamos á cumplir estas obligaciones, nuestro conocimiento es vano. Conocer á Dios, dice san Juan, es observar sus mandamientos. Apliquémonos, pues, á adquirir este conocimiento, y á adelantarnos cada dia mas en él. El progreso se hace mediante la oracion, la meditacion y el ejercicio de la virtud. En esto consiste la vida eterna, y se experimenta por medio de la consolacion interna que produce en nosotros este estudio; mientras que los conocimientos humanos, si no se refieren á este fin, dejan nuestro corazon vacío, ó lo llenan de amargura, nos dejan en la muerte, y muchas veces nos la causan.

PUNTO IV.

Cuál es la gloria que Jesucristo ha procurado á su Padre.

«Yo te he glorificado en la tierra: he cumplido la obra que me diste que hacer...» De hecho, toda la vida de Jesucristo estuvo consagrada á la gloria de Dios su Padre: ha obrado siempre segun la voluntad de Dios su Padre, ha enseñado la sola doctrina de su Padre, ha referido á su Padre toda la gloria de los milagros que ha obrado; finalmente la grande obra de la redencion de los hombres

por su muerte la mira ya como cumplida, y nosotros sabemos cómo la cumplió: con qué obediencia, con qué amor, y cuántos suplicios y oprobios le costó... Con esta obra, con el sacrificio de su vida ha satisfecho plenamente á la justicia de Dios su Padre, y ha reparado sobreabundantemente la gloria que le habian quitado los pecados de los hombres. ¡Oh grandes y adorables misterios! Pero reflexionemos que en esto Jesucristo es nuestro modelo; que á su ejemplo debemos vivir y morir, solo por la gloria de Dios; que á este fin, y en union de nuestra divina cabeza, debemos referir todos nuestros pensamientos, todos nuestros designios, todos nuestros deseos, todas nuestras palabras, todos nuestros pasos, todas nuestras acciones; que como él debemos cumplir, por mas que nos haya de costar, la obra de Dios; esto es lo que nos ha encargado en la condicion, en el estado y en el puesto en que nos ha colocado. Pero ¡ah! ¡qué confusion para nosotros! ¡qué vida tan ociosa hemos vivido! ¡cuántas usurpaciones de la gloria de Dios! ¡cuántos pecados! ¡cuántos escándalos, cuántas omisiones, cuántas obras directamente contrarias á la gloria de Dios!... Pero en nuestro mal no desesperemos: tenemos á Jesucristo, y en él un seguro remedio. Pidámosle que la plenitud de su gracia y la sobreabundancia de sus méritos suplan lo que nos falta, y reparen nuestras infidelidades. Comencemos con un nuevo fervor, rescatemos el tiempo que hemos perdido, y pongámonos en estado de decir, cuando llegue nuestra hora: Señor, os he glorificado sobre la tierra; he cumplido vuestra santa voluntad y la obra que me habeis encargado: Os he ofendido, es verdad; pero lo reconozco, ó Señor, y os pido perdon. Poned, Dios mio, los ojos sobre vuestro Hijo, mi Salvador, que ha pagado por mí. Yo os ofrezco sus satisfacciones, y espero en vuestras misericordias.

PUNTO V.

Cuál es la gloria que Jesucristo pide para sí.

«Y ahora glorificame, ó Padre, para contigo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese...» El Salvador pide ir como hombre á poseer en el cielo á la diestra de su Padre la gloria que ha merecido por su perfecta obediencia. Hace el Salvador esta peticion en términos que no nos dejan dudar que esta gloria debida á sus méritos es debida tambien á la dignidad de su persona; que esta gloria que pide se le conceda como hombre la ha poseido desde toda la eternidad; que él la posee, y que jamás ha ce-

sado de poseerla como Dios. La manera con que está concebida esta petición nos hace también conocer que si en Jesucristo hay dos naturalezas, no hay más que una sola persona, un solo Hijo de Dios, que en él el hombre es Dios, y Dios es hombre. No solo el Salvador pide poseer esta gloria, sino también que esta gloria que él poseerá sea conocida de los hombres sobre la tierra, y que él sea adorado de ellos como Dios, Hijo único de Dios, y su Salvador... Llamemos ahora aquí á la mente lo que hemos dicho en la primera y en la segunda reflexión de esta meditación... Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, por su naturaleza humana hombre como nosotros, ¿á qué destina él la gloria que pide para sí? La destina á nuestra salvación, á procurarnos la vida eterna para referir después su gloria y nuestra salvación á la gloria de Dios su Padre... ¿Podemos oír cosa más grande y más magnífica?

Petición y coloquio.

Ó Dios mío, comienzo á tener algún vislumbre de las maravillas contenidas en el sublime misterio de la Encarnación, y á comprender qué parte tienen en él los hombres y las ventajas que les redundan de este comercio inefable que habéis formado entre Vos y nosotros. Comprendo que la vida eterna consiste en conocer estos misterios tan interesantes como sublimes. Concededme la gracia de que yo ocupe en adelante mi espíritu en estas sublimes é importantes verdades, y que llene de ellas mi corazón... Amen.

MEDITACION CCXCVIII.

CONTINUACION DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

(Joan. XVII, 6-11).

JESÚS RUEGA POR SUS APÓSTOLES.

1.º De los dos primeros títulos de recomendación que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los Apóstoles; 2.º en qué sentido está excluido el mundo de la oración de Jesucristo; 3.º de los dos últimos títulos de recomendación que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los Apóstoles.

PUNTO I.

De los dos primeros títulos de recomendación que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los Apóstoles.

El Salvador, antes de rogar á su Padre por los Apóstoles, le expone los motivos que deben empeñarlo á serles favorable y á hacer

valer los títulos que deben hacérselos amables y recomendables. ¡Oh y cuánto debió fortificar y consolar á los Apóstoles esta bondad infinita del Salvador, y cuán grande materia debe ser para nosotros de instrucción y de consuelo!

1.º Primer título: *La vocación de los Apóstoles, y su fidelidad...* Padre, «he manifestado tu nombre á los hombres que tú me diste «del mundo: eran tuyos, y me los has dado á mí, y han observado «tu palabra...» Los Apóstoles antes de su vocación eran de Dios por la creación. Lo eran también por la vocación general á la fe de Abraham, á la circuncisión y á la ley de Moisés. Dios los ha dado á su Hijo, cuando el Salvador, según la voluntad de su Padre, los eligió por sus Apóstoles, cuando obedecieron á su vocación, y fueron fieles á ella. Habían observado la palabra de Dios bajo la ley con la inocencia de sus costumbres, y la observaron también más perfectamente, y según el espíritu de su vocación, cuando fueron llamados á la dignidad de Apóstoles. Apliquemos todo esto á nosotros mismos. Nosotros pertenecíamos á Dios como criaturas suyas desde el primer momento de nuestra existencia. Dios nos ha dado á su Hijo por la vocación al Cristianismo. El Bautismo nos ha separado del mundo, nos ha constituido miembros de Jesucristo, y nos ha hecho hijos de Dios y de la Iglesia. Si después de nuestro bautismo nos ha separado Dios de nuevo del mundo, mediante una particular vocación, nos ha dado también con esto á su Hijo en un modo especial, y que nos da un nuevo título de recomendación, y un nuevo motivo de confianza para unirnos á los Apóstoles, y participar de la oración que aquí hace Jesucristo por ellos. Lo que sin duda nos inquieta es nuestra poca fidelidad: estamos muy lejos de haber observado la palabra de Dios, y de haber conservado la inocencia en la santidad de nuestro estado. Pero animémonos. ¿No es Dios el Padre de las misericordias? Cuanto más hayamos recibido de él, tanto más seremos ciertamente castigados, si morimos en la impenitencia. Cuanto más hemos recibido de él, tanto mayor debe ser ciertamente nuestro sentimiento de haberle sido infieles. Abandonemos, pues, nuestro corazón al dolor: condenemos á las lágrimas nuestros ojos, ninguna cosa hay más justa; pero por otra parte, cuanto más hemos recibido de él, tanta mayor confianza debemos tener en sus misericordias: tanto mayor derecho tenemos también en cualquier modo de implorarlas en nombre y por la oración de nuestro Salvador, á quien Dios su Padre nos ha dado.

2.º Segundo título: *La instrucción que han recibido los Apóstoles,*

y su docilidad... «He manifestado tu nombre á aquellos hombres... «ahora han conocido que todo lo que me has dado viene de tí, por- que les he dado las palabras que me diste, y ellos las han reci- bido; y han conocido verdaderamente que he salido de tí, y han «creído que tú me has enviado...» Llamemos aquí á nuestra mente con reconocimiento y confusion todas las instrucciones que hemos recibido en la Iglesia católica, y por parte de nuestros padres, de nues- tros pastores y de nuestros directores, en los libros que hemos leído y en los discursos que hemos oído, y por medio de las luces inter- nas del Espíritu Santo que hemos recibido. Reflexionemos el poco provecho que hemos sacado de ellas: reflexionemos tambien que si hubiésemos sido mas dóciles y mas atentos habríamos tenido cono- cimientos mas claros, mas manifiestos, mas íntimos, mas eficaces... Con todo eso, nosotros sabemos los misterios de la fe, conocemos el nombre del Padre, sabemos que hay un Hijo semejante á él, el cual se hizo hombre semejante á nosotros: sabemos que este Hijo es Nues- tro Señor Jesucristo, que las palabras que él nos ha dicho, que las leyes que él nos ha dado, las promesas y las amenazas que nos ha hecho, son las palabras de Dios su Padre; creemos que él salió de Dios, y que es su Padre el que lo ha enviado. ¡Ah! fortifiquémo- nos una vez en esta fe, renovemos sus actos, y si ella fuese viva en nosotros, en virtud de ella triunfarémos de todo; pero si con esta fe nos dejamos aun vencer del demonio, del mundo y de la carne, nuestra fe será una fe muerta, y será para nosotros un título de con- denacion, y no de recomendacion para con Dios.

PUNTO II.

El mundo excluido de la oracion de Jesucristo, y en qué sentido.

«Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo; sino por aquellos que me has dado, porque son tuyos...»

1.º *Aquí hay un sentido erróneo que es necesario evitar...* Concluir de este texto ó de otro semejante que Jesucristo no rogó, ni ofreció el precio de su muerte sino por los escogidos, es una herejía formal- mente condenada por la Iglesia; por esto no nos turbemos por se- mejantes expresiones, por mas que no las entendamos. No demos crédito á las interpretaciones que podria darnos alguno, cuando estas interpretaciones pudiesen conturbarnos y quitarnos la confianza que debemos tener en Dios, ó disminuirla. El Salvador, que aquí no ruega por el mundo, ¿no nos ha dicho en otra parte que él no

habia venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo ¹? ¿No es él, segun san Juan, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el verdadero Salvador del mundo ²? El mismo san Juan ¿no nos dice que Jesucristo es la propiciacion, no solo por nuestros pecados, sino tambien por los pecados de todo el mundo ³? San Pablo ¿no escribe que Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad ⁴? Tengamos, pues, bien léjos de nosotros estos hombres temerarios, estos escritores peligrosos que, engañados de humanos sistemas, y deseosos de fomentar con nove- dad su vanidad, pretenden poner límites á las misericordias de Dios, y penetrar la profundidad de sus caminos... En cuanto á nosotros, reposemos tranquilos en el seno de la Iglesia nuestra madre, que no puede engañarnos, y que de parte de su Esposo nos da solo pala- bras de paz, de consolacion y de confianza, si nosotros caminamos con fidelidad, ó si, habiéndonos descarriado, volvemos á entrar con amor y con generosidad en los caminos de la justicia.

2.º *Aquí hay un sentido católico á que es necesario atenderse...* Sin examinar todas las respuestas de los teólogos católicos, de los cua- les algunos dificilmente admitirian nuestro sentir, nos contentaré- mos con dos. La primera es, que en una oracion hecha en presen- cia de solos los Apóstoles, y por ellos, no es cosa extraña que el Sal- vador, por ganar su atencion, y mostrarles tambien su benevolen- cia, declare que en aquel momento no ruega por el mundo, sino por ellos solos; de donde ciertamente no se sigue que en otros tiempos no haya rogado por el mundo. Dentro de poco lo oirémos nosotros rogar por todos los fieles, y poco despues lo verémos sobre la cruz rogar por todos aquellos que han tenido parte en su muerte ⁵. La segunda es, que el Salvador no ha rogado por el mundo en cuan- to es mundo; esto es, por autorizarlo, por tranquilizarlo en sus des- órdenes, y para excusarle el justo castigo, si en ellos persevera hasta el fin; pero ha rogado por el mundo, para que cese de ser mundo, esto es, de ser corrompido y enemigo de Dios. Ha rogado por todos los hombres que están en el mundo, para que cesen de estar en él; por todos los pecadores que siguen el mundo, para que cesen de se- guirlo. Si, no obstante sus llamamientos y las gracias que les habrá obtenido por medio de sus oraciones y con el sacrificio de su vida, persisten hasta la muerte viviendo segun las leyes y las pasiones del mundo, no tienen que esperar otra cosa de él que un castigo tanto

¹ Joan. III, 17; XII, 47. — ² Ibid. I, 29; IV, 42. — ³ I Joan. II, 2.

⁴ I Tim. II, 2. — ⁵ Joan. XII, 20; Luc. XXVIII, 34.

mas severo, cuanto mas habrán abusado de las gracias, de las luces y de los beneficios. Estas palabras confirman el anatema ya fulminado¹ por el Salvador contra el mundo, y deben empeñarnos eficazmente á renunciar de este mundo perverso y proscrito, como lo hemos prometido en nuestro bautismo.

PUNTO III.

De los últimos títulos de recomendacion que Jesucristo presenta al Padre en favor de los Apóstoles.

1.º Primer título: *La gloria que los Apóstoles le han procurado...* «Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas mías, y en ellas he sido «glorificado...» El Salvador llama continuamente á la memoria de sus Apóstoles la idea de su perfecta igualdad con su Padre. Fuera de que esta idea era muy necesaria en las presentes coyunturas y para los futuros acontecimientos, era tambien de una grande consolacion para los Apóstoles mismos, y lo debe ser para nosotros. De hecho, ¿qué cosa podemos pensar mas dulce que, siendo él nuestro Salvador, somos de su Padre; y que siendo de su Padre, somos suyos, que pertenecemos á la santísima Trinidad, nuestro Dios, y á cada una de las tres Personas por títulos particulares que al mismo tiempo le son comunes? ¿Y cómo ha sido el Salvador glorificado en los Apóstoles? Sin duda por su fe, por su obediencia, por su celo, por su inocencia, por su desinterés, por su exactitud en el cumplimiento de sus preceptos, y por la edificacion de toda su conducta. Con que es ciertamente verdad que Jesucristo es glorificado en nosotros cuando practicamos estas virtudes. ¡Ay de mí! ¿es posible que yo sea tan negligente en su servicio? El pensamiento de la gloria de Jesucristo ¿no debería llenarme de ardor por él, pues no solo quiere que yo le sirva, sino que él mismo, que es igual á su Padre, se gloria tambien de tenerme por siervo cuando fielmente lo sirvo?

2.º Segundo título: *Su ausencia de este mundo, mientras que quedan en él sus Apóstoles...* «Y yo ya no estoy en el mundo, y estos «están en el mundo, y yo voy á tí...» Esto es, me veo tan próximo á dejar este mundo, que ya estoy reputado como si no estuviese en él; pero estos discípulos que Vos me habeis dado han de quedar en medio del mundo, y mientras que Vos me llamais á Vos, conviene que yo los deje entre sus enemigos. Ya no estaré mas con ellos sen-

¹ Matth. xviii, 7.

siblemente para animarlos y para guiarlos... ¿Quién podrá expresar toda la ternura que se contiene en estas palabras?

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! este es tambien el tiempo en que ya no estais en el mundo, y en que yo, particularmente vuestro siervo y vuestro hijo, estoy en él, y estoy en un mundo acaso mas perverso, mas peligroso, mas corrompido de lo que jamás lo ha sido. Yo no os he visto jamás en este mundo, pero Vos me veis á mí en él: yo creo en Vos, soy uno de los herederos de la fe de vuestros Apóstoles: haced, pues, que participe tambien de la oracion que Vos habeis hecho por ellos, y que al salir de este mundo vaya con ellos á daros las gracias y á bendeciros por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION CCXCIX.

CONTINUACION DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

(Joan. xvii, 42-19).

JESÚS RUEGA POR SUS APÓSTOLES.

Jesús ruega á su Padre: 1.º que los conserve en la union; 2.º que los preserve del mal en medio del mundo; 3.º que los santifique en la verdad.

PUNTO I.

Jesús ruega á su Padre que conserve sus Apóstoles en la union.

1.º *Meditemos la excelencia y la extensión de esta peticion...* «Padre santo, guarda en tu nombre los que me has entregado, para «que sean una sola cosa, así como nosotros...» La union entre los Apóstoles y entre todos los miembros de la Iglesia es la primera peticion que Jesucristo hace á su Padre. Esta union comprende la de los espíritus por medio de la fe, la union de los corazones por medio de la caridad, y la union en el culto externo por medio de las reglas de una misma disciplina. Esta union debe hacer de todos los fieles un solo corazon, una alma sola, y un solo cuerpo, de que Jesucristo es la cabeza. Todo debe reducirse á la unidad. Todos juntos debemos hacer una cosa misma. Esta unidad tiene por modelo, y debe, en cuanto es posible, representar la unidad de Dios en tres personas, la cual hace que estas tres personas, en una misma sustancia y en una misma naturaleza, tienen igualmente la misma sabiduría, la misma voluntad, la misma potencia, y por consiguiente las mismas afecciones, las mismas operaciones... El primer obje-

to de la petición de Jesucristo es que la unión de sus Apóstoles y de los miembros de su Iglesia represente, en cuanto es posible, esta unidad de Dios. ¡Oh y cuán grande es por solo este respeto la religión cristiana! ¡cuán sublime! Esta unidad se rompe, se desecha, se abandona por la herejía, por el cisma, y por el pecado. ¡Qué desventura, pues, para los que caen en ellos!

2.º *Meditemos el motivo de esta petición:* es también la ausencia de Jesucristo... «Cuando yo estaba con ellos (*en el mundo*) los guardaba en tu nombre. He conservado aquellos que me entregaste; y ninguno de ellos ha perecido, excepto aquel hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura...» Jesucristo recuerda con estas palabras á sus Apóstoles los tiernos cuidados que ha tomado por ellos con instruirlos, con reprenderlos, con sofocar las semillas de división, y con preservarlos de cualquier otro mal. Ahora, pues, lo que él ha hecho es una prenda segura de que por su oración lo hará también su Padre, pues que él lo ha hecho siempre en nombre de su Padre... Previene también aquí una dificultad; esto es, la caída de Judas. Judas dado como los otros á Jesucristo por su Padre; Judas guardado por Jesucristo como los otros; Judas ha roto con todo esto la unión, se ha separado de los Apóstoles para unirse á los malos. Esta caída nos debe hacer circunspectos, pero no debe desesperarnos. Judas no se ha perdido porque fuese predicha su pérdida, sino su pérdida ha sido predicha porque Dios, á quien lo por venir está presente, veía que Judas, abusando de su libertad, cedería á su pasión, y resistiría á todas las gracias que podían alejarlo de ella. La predicción fue hecha para impedir el escándalo de esta caída, y también para que sirviese de gloria á Jesucristo, siendo ella el cumplimiento de una profecía.

3.º *Meditemos la razón por que el Salvador hace esta petición y toda esta oración en alta voz...* «Ahora, pues, voy á tí, y digo tales cosas estando en el mundo, para que tengan cumplido mi gozo en «sí mismos...» ¡Oh Jesús, cuál es vuestra bondad! Vos os acercáis al momento de vuestro suplicio, y con todo eso no habláis á vuestros discípulos sino de gozo. ¿Cuál es, pues, este gozo de que queáis que ellos tengan en sí la plenitud? No es ciertamente el gozo del mundo: este, bien lejos de llenar el corazón, lo deja vacío y lleno de horrores: él es todo externo, está solo en la superficie, y se muestra solo por defuera: no penetra, pues, el corazón, y no lo poseemos en nosotros. Vos habláis, sí, de vuestro gozo, gozo celestial, gozo divino, gozo inefable que el mundo no conoce. De él estuvié-

ron llenos vuestros Apóstoles, y á vuestro ejemplo lo han gustado hasta en los oprobios y en los suplicios. Vuestros mártires lo han gustado en los tormentos y en la muerte; vuestras vírgenes en el retiro y en la pureza; vuestros confesores en los trabajos y en las penas, y vuestros penitentes en los ayunos y en las austeridades. ¡Ah! si nosotros quisiésemos, y ¡oh cuán insensatos somos en no quererlo! si quisiésemos, también nosotros lo gustaríamos en la oración, en la mortificación, en el silencio, en el recogimiento, y ni aun la muerte nos quitaría este gozo de Jesús.

PUNTO II.

Jesús ruega á Dios su Padre que preserve á sus Apóstoles del mal en medio del mundo.

1.º *El ser aborrecido del mundo es una utilidad propia para procurarnos el efecto de esta petición de Jesucristo...* «Yo les dí tu palabra, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo no soy del mundo...» El odio del mundo judaico y del mundo pagano contra los Apóstoles y los primeros cristianos llegó á los excesos, y causan horror á la naturaleza. El odio del mundo herético, reservado para los cristianos posteriores, no ha sido menos furioso. Otro mundo hay también en medio del Cristianismo católico. El odio de este mundo cristiano, si así podemos llamarlo, no es por cierto tan violento, y sino que se halle animado de algún pestilente soplo de la herejía, ordinariamente se contiene en palabras, en discursos, en desprecios, ó en ciertos golpes arrojados en secreto. En cualquier manera que él se manifieste, siempre es una grande utilidad tener parte en él y un grande preservativo contra el contagio del mundo. Estimemos, pues, por felices aquellos contra quienes mas se desenfrena este odio, consolémonos nosotros también si participamos de él en algún modo; pero guardémonos bien de adoptar en este punto los sentimientos del mundo y de ser del número de los que aborrecen á los discípulos de Jesucristo.

2.º *De la importancia de esta petición...* «No pido que tú los quites del mundo, sino que los guardes del mal...» En cualquier lugar que nosotros vivamos estamos en el mundo, y bien que menos expuestos en la soledad y en el retiro, el mundo no deja de penetrar en los sagrados asilos, y de soplar en ellos el contagio. El mal de los unos es el persuadirse fácilmente que están fuera del mundo, y el mal de los otros es el creerse en el mundo mismo fuera de pe-

ligro. La petición que el Salvador hace aquí para sus Apóstoles debe desengañarnos, principalmente si consideramos que esta es aquella misma petición que él nos ha mandado hacer por nosotros mismos, y que es la conclusión de la fórmula de orar que él nos ha dejado, para que la recemos cada día. De hecho, *el mal* que hay en el mundo es de tantas especies, se presenta en tantas maneras, se halla en tantos lugares, y se insinúa de tantos modos, y ha engañado tantas personas en todos tiempos, que el que no teme y ora sin intermisión para ser librado del mal es un ciego que no conoce al mundo. Por otra parte, el espíritu maligno, que viene expresado frecuentemente con esta misma palabra Satanás, el príncipe de este mundo, por todas partes ha sembrado con una malicia infinita innumerables asechanzas, que sin una gracia especial de Dios es imposible evitarlas. Unámonos, pues, todos los días y muchas veces al día á la oración de Jesucristo. Pidamos á Dios que nos libre *del mal*. Reconozcamos con dolor cuántas veces hemos caído en *el mal* por falta de precaución y de oración. Por otro lado, consideremos llenos de reconocimiento cuántas veces el Señor por su misericordia nos ha preservado *del mal* en que tantos otros han caído, y en el que sin él hubiéramos también ciertamente caído.

3.º *Una de las disposiciones necesarias para recibir el efecto de esta petición es no ser del mundo...* «(Ellos) no son del mundo, así como yo no soy del mundo...» ¿Por qué, pues, el Salvador repite aquí estas palabras? Sin duda para probarnos la necesidad indispensable en que estamos de no ser del mundo, si queremos ser preservados del mal que reina en el mundo... Aquí se pueden distinguir dos suertes de mundo: el mundo interno, y el mundo externo. La huida del primero es absoluta é igualmente mandada á todos. La huida del segundo debe variar según la diversidad de los estados. Por el mundo interno debemos entender las ideas, los pensamientos, las máximas, las inclinaciones, las pasiones, los intereses, los apegos y los afectos del mundo. Por el mundo externo debemos entender los discursos, las costumbres, las asambleas, los juegos, los convites, las pompas, todos los usos del mundo. El Salvador se da á sí mismo aquí por modelo de la manera con que debemos huir el uno y el otro mundo. Por lo que mira al mundo interno, él lo ha condenado y lo ha contradicho en todo. Y en orden al mundo externo, se ha conformado en parte en las cosas necesarias é indiferentes; del resto, él ha condenado sus abusos, sus escándalos. Examinemos, pues, sobre este divino modelo en qué cosas somos aun

nosotros del mundo, y reflexionemos que este es el modelo sobre que seremos juzgados, y que nuestra obligación, según la decencia y los deberes de nuestro estado, es de ser tanto del mundo, cuanto lo fue Jesucristo, y nada más.

PUNTO III.

Jesús ora á su Padre para que santifique sus Apóstoles en la verdad.

«Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad...» 1.º *De la esencia de esta santificación.* Tres cosas se oponen á esta santificación en la verdad. La mentira de la irreligión ó de la herejía, el error de una falsa conciencia, y la disimulación de la hipocresía. En vano el mundo y la impiedad se glorian de la rectitud y de la bondad, en vano la herejía nos presenta su exterior de fervor y de santidad. La santidad que Dios aprueba debe tener por fundamento la Religión y la fe. No conoce la palabra de Dios el que no recibe de la Iglesia su verdadera explicación. Fuera de la Iglesia no puede haber sino una vana santidad; en la Iglesia solamente existe la santificación en la verdad. En vano también se lisonjean algunos de llevar una vida santa y regular, si dejan su conciencia embrollada sobre ciertos puntos dudosos que no quieren aclarar, y se dejan en el corazón ciertas impresiones, ciertas malas raíces que se aman, y no se quieren arrancar. Consultemos el Evangelio, y esta palabra de verdad abrirá nuestros ojos, y nos hará conocer que nuestra pretendida santidad no lo es en la realidad. Quieren muchas personas profesar una santidad externa, laudable y edificativa; pero si aquellas apariencias, aquel aspecto, aquel hábito, aquella frecuencia á la iglesia y á los Sacramentos no es sino una máscara que cubre un interior desarreglado, esta no es una santidad en la verdad, es una hipocresía que la verdad de la palabra de Dios ha condenado, y cuya torpeza revelará un día á los ojos del universo. Pidamos, pues, á Dios por la oración de Jesucristo nuestra santificación en la verdad; en la verdad de la santa Iglesia, en la verdad de una conciencia atenta y timorata, y en la verdad de un corazón recto y sincero en su presencia, y sin algún motivo humano.

2.º *De la necesidad de esta santificación...* «Así como tú me has enviado al mundo, así los he enviado al mundo...» No solo es necesaria para nosotros esta verdadera santidad, sino también es necesaria en nosotros para los otros. Bien se comprende cuán necesaria era ella para los Apóstoles, y cuán necesaria es también para sus

sucesores en el apostolado, y para los que en alguna manera están empleados en el santo ministerio. Pero para hacer esta reflexion comun á todos, ¿quién hay entre nosotros que no tenga alguna parte en esta divina mision? Si tuviésemos todos, cada uno en su estado, esta verdadera santidad, ¡qué cambio no se veria bien presto en toda la Iglesia! Los hijos serian santificados por sus padres, los discípulos por los que instruyen, los criados por sus señores, los parientes por los parientes, los amigos por sus amigos, los vecinos, los ciudadanos por sus vecinos y por sus conciudadanos. Apliquemos, pues, esto á nosotros mismos, y reflexionemos qué gran bien habríamos hecho en nuestro estado, si en la verdad hubiésemos trabajado para santificarnos. Ea, pues, comencemos, pidamos á Dios esta santidad tan necesaria para nosotros, y en nosotros para los otros.

3.º *Del origen meritorio de esta santificacion...* «Y por ellos yo me santifico á mí mismo, para que ellos sean tambien santificados en «la verdad...» El Salvador, usando aquí el mismo término de que ya se había servido, le da un significado mas especial. Anuncia á sus Apóstoles en términos paliados la muerte que ha de padecer por ellos, y la que un día padecerán ellos mismos por la defensa de la verdad. Démosle gracias á nuestro Salvador por haberse santificado de esta manera; esto es, santificado por nosotros, y por haber dado á los Apóstoles la fuerza de santificarse tambien en testimonio de la verdad, y para enviar hasta nosotros la luz de la fe! ¡Felices tantos mártires que han seguido tan gloriosas pisadas! Si nosotros no podemos como ellos sacrificar nuestra vida por la fe, á lo menos estemos dispuestos para hacerlo, si Dios nos pusiese en la ocasion. Sacrifiquémonos á lo menos por medio de la penitencia y de la mortificacion de nuestras pasiones. Cuando asistamos á la santa misa pensemos que aquel es el tiempo en que el Salvador dice: «Por ellos yo me santifico á mí mismo, para que ellos tambien sean santificados en la verdad...»

Peticion y coloquio.

¡Oh amor de Jesús! ¿con qué sacrificio de mí mismo podré yo jamás reconocer bastantemente el vuestro por mí? Santos Apóstoles, santos Mártires, que habeis muerto por la fe de Jesucristo, obtenedme la gracia de vivir y morir en esta fe, con la esperanza y con el amor que la deben acompañar... Amen.

MEDITACION CCC.

CONTINUACION Y FIN DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

(Joan. xvii, 20-26).

JESÚS RUEGA POR TODOS LOS FIELES.

1.º Quién son aquellos que están comprendidos en esta última parte de la oracion de Jesucristo; 2.º de la peticion que hace el Salvador por los fieles en esta vida: la union, ó sea la unidad; 3.º de la peticion que hace el Salvador en la otra vida: la bienaventuranza eterna.

PUNTO I.

Quién son aquellos que están comprendidos en esta última parte de la oracion de Jesucristo.

«Mas no ruego solamente por estos (por mis Apóstoles), sino tambien por aquellos que han de creer en mí por su palabra...»

1.º *Esta última parte de la oracion de Jesucristo no mira solos los escogidos...* Ya hemos explicado arriba ¹ en qué sentido una tal proposicion es herética. Por otra parte, aquí no hay algun término que indique solos los escogidos, pues antes el Salvador nombra en general aquellos que creerán, y entre los que creerán habrá seguramente muchos que no perseverarán, ó sea en la fe, ó sea en la caridad, hasta el fin, y que por consiguiente no serán del número de los escogidos... No nos dejemos, pues, atemorizar; pensemos solamente en aprovecharnos de las instrucciones contenidas en esta oracion, y en merecer por la eficacia de ella los grandes bienes que nos anuncia.

2.º *Esta última parte de la oracion de Jesucristo no mira aquellos que, aunque creen, no creen por la palabra de los Apóstoles...* Esto es, que creen fuera de la Iglesia establecida por los Apóstoles, y continuada sobre el plan, y en la forma que los Apóstoles le han dado. Creer en esta Iglesia es fe divina, creer fuera de esta Iglesia es credulidad necia; pues, á decir la verdad, en todas las sectas, en toda religion, en la irreligion misma, y hasta en el mas formal escepticismo, se cree: se creen cosas que no se ven ni se comprenden, con esta diferencia, que en la Iglesia se creen solo misterios llenos de majestad, dignos de Dios, de su grandeza, de su justicia y de su amor; misterios, á la verdad, superiores á la razon, pero no contra

¹ Vers. 9, medit. CCXCVIII.